

# ALEMANIA

## UNA NUEVA GENERACION

Las ramas de los árboles chorrean las gotas contenidas en sus hojas y se adivina a contraluz al inmenso Rhin perdido entre la bruma. Es una noche de verano alemana. Pero en Bonn, en el Petersberg, los candelabros y las arañas de cristal dan calor, brillantez y seguridad. Se bebe «seck» y se engullen montañas de salmón frío, pavo relleno, jamones, bogavantes, cabeza de jabalí, frutas escarchadas, dulces y crema batida. Las mujeres llevan sus perlas con ostentación y sus diamantes con autoridad. Gruesos diputados lucen bajo su papada las cruces adornadas de rubíes. Ahí está el canciller y los ministros y los jóvenes consejeros con las ambiciones frescas y los dientes todavía agudos.

Esta noche, la Alemania oficial se congratula y cena, segura de sí misma, satisfecha de ser rica, opulenta y digna. Los coches que esperan fuera son negros y potentes. No se permiten extravagancias ni falsedades. Aquí todo es serio, sólido, inmovible. En una palabra, Alemania tal y como se imagina en Francia: un país que ha neutralizado las viejas quimeras a golpes de confort y de dinero, que se ha instalado cómodamente en un ventajoso alineamiento tras los USA del dólar y de la guerra del Vietnam. Un país, en fin, donde los cueros son bonitos, las camas blandas, la ironía un poco pesada, la circulación lenta y las conciencias despreocupadas.

Se trata realmente de una tranquilizante imagen: que sueña Alemania con los «Volkswagens» y los «Mercedes», que reviente de dinero y de aburrimento, que sea, si quiere, la primera potencia industrial de Europa, que se le asegure el bienestar material y el poder económico con tal de que permanezca quieta, tranquila, dormida en sus edredones de plumas.

«Europa tiene miedo de nosotros, pero nosotros también tenemos miedo: Del comunismo, de perder bruscamente esta fulminante prosperidad a la que todavía, después de quince años, no nos hemos acostumbrado. Tenemos miedo de todo lo que pueda romper este confortable letargo en el que todos, comprendido nuestro Gobierno, tienen interés en mantenernos». Lo dicen en un tono de explicación y de justificación, sin sombra de amargura. Aun hoy, las palabras «clave» siguen siendo «Wohlstand» (bienestar) y «Sicherheit» (seguridad). No se debe al azar el que en las últimas elecciones los tres partidos adoptaran el mismo slogan: «ante todo la seguridad». Y los carteles electorales del partido socialista representaban a un hombre campechano, bien alimentado, sonriente y cogiendo de la mano a sus dos hijos: «Vote por el doctor X...». ¿Se puede concebir una izquierda más tranquilizante?

La verdad es que todo se conjuga para que el alemán medio no tenga otra pasión que la del fútbol, otras distracciones que las «organizadas» para que se endurezca de una manera definitiva el barnizado caparazón de la «sociedad establecida» —(die «formierte Gesellschaft»)—, objetivo e ideal del Gobierno demócrata cristiano. Entonces, cada uno estará en su sitio, encastillado en su rango y clase. Entonces el país funcionará como una buena empresa, en el temor de Dios y el respeto a las leyes. Entonces se institucionalizará el

aplastante conformismo que se está imponiendo en Alemania. ¿La política?, ¿para qué? Es suficiente ser «würdig», digno, comer sólidamente, beber en abundancia y rezar para que continúe el milagro alemán. El resto, es el comunismo y compañía, se os dirá muy seriamente en los Weistuben y en «los cafés del viernes por la noche». No se preocupe, quédese con nosotros a ver el partido España-Alemania. ¡La Copa del Mundo, ja! ¡Fernshe-Fussball, tele-fútbol, ach! ¡Avanza! ¡Bravo, viva Alemania, hemos metido un gol, bebamos, cantemos; viva Francia ya que también estás tú aquí; otra cerveza, ach! ¡Gott! ¡Vaya fallo! El fútbol, esto es lo único verdadero, el bálsamo, la guerra «ersatz» autorizada. Toda Alemania ante las pantallas de TV y que poco después festejaré en las muertas calles las únicas victorias permitidas.

### la balsa de aceite

Pero ahora, cada vez más, los jóvenes alemanes hacen ascos a este porvenir bien pensante, gris como la niebla y triste como la lluvia. En las Universidades, en los sindicatos, en los partidos y en la calle, se expresa por parte de los jóvenes una oposición en todos los terrenos. Cuántas y acerbas críticas, descontentos y mar de fondo tras la balsa de aceite de las posiciones oficiales.

A menudo se oyen discursos asombrosos: «No estamos despolitizados, sino simplemente hartos de la incapacidad, la debilidad y la hipocresía de todos los partidos políticos, sin excepción», explica un estudiante de la Universidad de Bonn. «Ya sea en el C. D. U. (cristiano-demócrata), en el S. P. D. (social demócrata), o en el F. D. P. (liberal), siempre son los aparatos de los partidos, en manos de una camarilla, los que bloquean todo intento de renovación. Sin embargo, bien sabe Dios que nuestra vida política es uniforme y blanda, que necesita ser rejuvenecida y cambiada. La opinión pública lo siente, los intelectuales, los estudiantes y los jóvenes en general lo exigimos. "Ellos" no quieren comprender nada. "Ellos" aprietan aún más fuerte la tapadera de la marmita. Es un juego peligroso». El que así se expresa me reconoce que ha votado por el D. F. U. (movimiento pacifista de extrema izquierda). Pero, por otra parte, escuché el mismo lenguaje en la boca de un chico de veinte años que no ocultaba sus simpatías por el partido neo-nazi N. P. D.

Aún de forma indecisa, pero clara, se dibuja un nuevo clima político, posiblemente de más alcance que un simple conflicto de generaciones, que pasará por encima de los partidos y quién sabe si por encima de la propia Alemania. Por un lado, los viejos «artesanos» de la política (cristianos o socialistas), la masa mal informada, las asociaciones de refugiados y las fuerzas tradicionales del orden social se alían para mantener un prudente statu quo en política interior y exterior. De otro lado, aquellos que ponen sobre el tapete la validez del sistema, sin por ello ponerse de acuerdo sobre una común orientación política, y dejando las puertas abiertas a futuras violencias y enfrentamientos. Los estudiantes de derecha o de izquierda, ciertos cristianos (católicos y protestan-

tes), los intelectuales, los jóvenes sin excepción, y —como fenómeno en sus comienzos, pero que puede ser decisivo— los obreros y los sindicatos.

Todo esto está todavía naciendo, haciéndose confusamente y no siempre surge a la superficie de la vida oficial del país. Pero ya se manifiestan, cada vez más abiertamente, oposiciones en el seno de los partidos tradicionales.

Las «Jugend Union» actúan de revulsivo entre los cristiano-demócratas. En la reunión que celebraron en Berlín el 17 de julio pasado, se terminó aprobando una moción realmente dura. ¿Qué es lo que quieren? En principio, la dimisión de Westrick, consejero de Erhard, aunque no oculten que se trata de una primera etapa antes de que se pueda liquidar al mismo canciller. Y también desean la entrada de Strauss en el Gobierno, porque Strauss encarna a sus ojos el «hombre fuerte» del que sienten una inquietante necesidad.

### el viejo sueño

Hay que ver con qué nostalgia, con qué seriedad aplicada y un poco pesada se me explicó en la «Jugend Union» la teoría de la personalización del poder. De Gaulle fascina al mismo tiempo que irrita, mientras que Erhard no cuaja, pues se le reprocha su blandura, su indecisión. «¡Ah si Alemania pudiera!». «¡Ah si Francia quisiera!», una Francia «comprensiva», una Alemania «fuerte». Sería el viejo sueño recomenzado, la cruzada anti-comunista, el retorno... ¿a dónde?, ¿al pasado? No, veamos, nosotros no somos nacionalistas. Lo mismo que con los del N. P. D., hay que intentar comprenderlos. ¿Acaso no es cierto que han sido defraudados, que ha sido la desesperación la que les ha llevado hacia las viejas quimeras? Además, por lo menos aparentemente, la joven ala derecha del C. D. U. se muestra «comprensiva» con estos descañados, pero políticamente tan cercanos de sus propias posiciones.

En la izquierda, el S. P. D. también se cuartea. En principio, la atmósfera es de optimismo. El partido acaba de recuperar la iniciativa política y, por primera vez, ha ganado las elecciones en tradicionales feudos del C. D. U. Todo el mundo siente el viento a favor y grita victoria aunque —y aquí es donde se desliza el equívoco— no por las mismas razones. ¿Se debe el éxito a un giro hacia la izquierda del cuerpo electoral alemán o, por el contrario, a un giro hacia la derecha del partido socialista? Ambas teorías tienen sus defensores.

La política de apertura hacia el Este y las tentativas de diálogo con los comunistas han satisfecho a electores que deseaban que «al fin se hiciera algo», al mismo tiempo que la crisis en las minas y en la industria del acero actuaba en favor de los socialistas. En una palabra, el milagro alemán vuelto a poner en tela de juicio, la crisis económica amenazante, la seguridad material comprometida. Una bofetada para el C. D. U. Es necesario, defiende el ala avanzada del socialismo, profundizar en la brecha abierta y jugar claramente la carta de la oposición de izquierda.

Por el contrario, otros responsables del partido sostienen, cifras en mano, que se ha aumentado en votos «de católicos, mujeres y campesinos, pe-





ro no de obreros, ya que, por primera vez, la Iglesia se ha "desolidarizado". Los obispos, en su carta pastoral del 13 de junio, no han recomendado votar «cristiano», sino, simplemente, votar, sin otro comentario. Con un cierto escalofrío se ha llegado a hablar — ¡horror! — de un obispo «rojo», el obispo de Hessen, y el propio Adenauer ha afirmado que «de todo esto tiene la culpa el Concilio». Ciertos socialistas ven aquí el fruto de sus pacientes y prudentes medidas para tranquilizar a la opinión y al clero y piensan que es mejor continuar una política de apaciguamiento.

De momento, a pesar de la euforia de la victoria, el divorcio entre ambas tendencias es total. Los socialistas prudentes, realistas, acusan a los activistas de conducir al partido a los fracasos de 1959. A su vez, los jóvenes socialistas fogosos les acusan de «querer convertir al S. P. D. en otro C. D. U., pero mejor». El enfrentamiento ya ha comenzado y será duro. En tres casos concretos los jóvenes socialistas han ganado puntos: Berlín, Hesse del Sur y el Schleswig-Holstein. Animados por este éxito han reclamado «una nueva política alemana» y el reforzamiento de los contactos entre la R. F. A. y la R. D. A. Por su parte, el grupo socialista de Lubeck ha preconizado «negociaciones sobre la no-diseminación de armas atómicas y la creación de una zona desmilitarizada». Por supuesto todo esto no está en la línea oficial del partido, cuya única audacia ha sido el hablar de un tratado de paz establecido «sobre la base» de las fronteras de 1937 y no «en el marco» de las fronteras de 1937. ¡Cuestión de matiz!

## el club voltaire

Como podemos observar, los jóvenes tiran hacia la derecha, en el C. D. U., y hacia la izquierda en el S. P. D. Pero los auténticos fermentos germinan por todas partes. Muchos alemanes, que consideran que el sistema de partidos está completamente esclerotizado, se reagrupan en círculos, clubs y seminarios. Actualmente surgen en muchos sitios —más o menos politizados, más o menos cerrados— y se puede afirmar que este efervescente florecimiento constituye un fenómeno absolutamente nuevo en la vida política alemana.

Entramos en un sencillo café de una pequeña calle de Francfort. En la vitrina, donde tradicionalmente los alemanes colocan plantas verdes, una primera sorpresa: dibujos y carteles anunciando un «meeting» de protesta contra la guerra del Vietnam. Bajamos dos escalones y penetramos en una vasta sala, llena de humo. Y ahí encontramos otra Alemania, la que nació con la paz, la Alemania rebelde. Por grupos, por racimos humanos, cara a cara, chicos y chicas discuten de política hasta perder el aliento. Un distinguido prusiano, con el pelo muy rubio, escucha a un ar-

diente vietnamita. Dos tipos con ojos como el carbón, que deben ser sudamericanos, algunos franceses, chicas en pantalones, un Gremmler (Beatnik, en alemán), muy limpio y casi tímido, con sus cabellos ondulados. Se va de una mesa a otra, de vez en cuando se baila, se improvisa una pequeña «mesa redonda», se juega al fútbol en la «cave» y se pueden leer los periódicos de izquierda de todo el mundo. Y a este abigarrado conjunto se le llama —con música de fondo Beatles— el club Voltaire.

De aquí salen las manifestaciones de calle contra la guerra del Vietnam (estas dos últimas semanas han movilizó a dos mil personas en Hamburgo, han provocado choques en Munich y piquetes armados en Francfort); aquí nacen, también, los «teach ins», igualmente sobre el Vietnam, con la participación de cuatro mil estudiantes. Pero sobre todo, bajo estos entresuelos, se forja insensiblemente una especie de frente de la oposición, que reúne, cada vez más a menudo, para acciones comunes, a los «jungsozialisten», a los cristianos de izquierda, a los protestantes progresistas, a los miembros de las sozialeusschutz. En una palabra, a todas las fracciones de izquierda hasta ahora dispersas, opuestas, atomizadas. ¡Ah!, ¡ah!, sonríen los burgueses: «Siempre los beatniks, los provos, las capillas. En fin, nada, aire. Y por otra parte, déjeme que me ría —mi interlocutor se golpea su redondeado estómago—, pero dígame: ¿Qué representa todo eso en el plano político?».

Honradamente, no mucho. Pero si yo estuviera en la piel de estos bravos burgueses, enfundados en su confortable conformismo, me inquietaría un poco. Pues no es normal que estos jóvenes «coléricos» no puedan hacerse oír y tampoco es lógico que un descontento tan extendido, tan claramente expresado, no tenga una respuesta política.

¿Por qué estas preocupaciones que remueven los espíritus no surgen jamás a la luz del día? El sistema cristiano-demócrata, a través de discretas retorsiones o intimidaciones, por el simple peso de las ideas recibidas, coloca sobre toda la juventud alemana una auténtica losa de plomo. Pero, sobre todo, se falsea cualquier tentativa de oposición de izquierda; se la bloquea con la disculpa de la división de Alemania. La Alemania desgarrada, el «muro de la vergüenza», la patria dividida, el drama alemán. Llegados a este punto de la conversación, los menores de veinte años nos miran con un aire vago: «Sí, desde luego...».

—Pero bueno, ¿qué es para vosotros Alemania? Responden sin la menor duda: «Únicamente la Alemania del Oeste». No han conocido otra cosa. La R. F. A. es su país, mientras que la R. D. A. es «un país del Este, como los otros» y, además, menos interesante que los otros: «Si pudiera escoger

me iría antes a Moscú o Rumania. Ahí, por lo menos, te puedes hacer una idea de los nuevos regímenes socialistas. En cambio, Ulbricht es el stalinismo, superado por ellos mismos».

## una falta de comprensión

No manifiestan ni hostilidad ni rencor. ¿Las fronteras del Este? ¡Si puede ser útil, que les den los territorios del Este! «Para mí, francamente, el Oder-Neisse. Para los refugiados o para mis padres todo esto puede tener un significado».

Los militantes de izquierda y de extrema izquierda son más claros. Confiesan que las esporádicas tentativas de reuniones entre delegados de Alemania del Este y del Oeste, organizadas de una manera más o menos clandestina, se han saldado con fracasos debidos a una incomprensión total.

«En principio, nosotros pensamos que tenemos casi las mismas opiniones políticas, sobre la des-nuclearización, las fronteras del Este, el reconocimiento de la R. D. A., pero inmediatamente constatamos con estupor que no empleamos el mismo vocabulario. Las palabras no tienen el mismo significado aquí que allí. Ellos son alemanes de otra especie, educados en otro sistema social y político, y hasta la lengua, que debería acercarnos, nos separa».

Un joven sindicalista nos dice: «Ellos nunca discuten "ob", sino "wie", lo que traducido quiere decir: «Jamás ponen nada en tela de juicio, sólo aceptan discutir sobre la aplicación de sus principios». Estas constataciones no dejan de hacerse con líctos «desgajamientos» interiores, ya que si la juventud del Este y del Oeste no pueden establecer un diálogo, ¿qué perspectivas se le ofrecen a una oposición de izquierda? ¿Es ya demasiado tarde para entenderse? Los jóvenes socialistas hablan con cierta esperanza de los recientes cambios en la Alemania del Este, de las tendencias krutchevianas que se desarrollan con cierto retraso y del extraordinario desarrollo económico de la R. D. A. que la inducirá a buscar contactos con el Oeste. Pero, ¿quién está dispuesto, realmente, en Alemania, a consentir los sacrificios que comportaría una eventual unificación? Los poseedores, los ortodoxos, no pueden ni imaginar que su nivel de vida baje. Y, por su parte, los jóvenes y los «oposicionistas», por muy a la izquierda que se sitúen, están demasiado afincados en una cierta idea de la democracia o en un socialismo más abierto. Por ello, invitan a los yugoslavos, o bien se manifiestan contra la guerra del Vietnam. Al pie del «muro» de la R. D. A. se estreñan las esperanzas y después refuyen. El problema de la reunificación se convierte en un argumento electoral, una ficha sobre el tablero político, con todo lo que esto comporta de riesgo a largo plazo. Una vez señalado este límite, parece ser que la oposición alemana acaba de encontrar un nuevo camino: los sindicatos, hasta ahora pasivos, comienzan a entrar en juego y la crisis económica que se dibuja, sólo puede precipitar el proceso. En la I. G. Metal (dos millones de adheridos, el sindicato más grande del mundo), los responsables de la oficina ejecutiva afirman que «ese está operando una toma de conciencia, sobre todo contra las leyes excepcionales y el plan de estabilización que el Gobierno Erhard está intentando "colar"». De hecho, las leyes de excepción han provocado una reacción de oposición que ha sorprendido a los propios sindicalistas. ¿Se liberarán los obreros de la embrutecedora religión de la imagen de la prensa Springer? ¿Se volverán a politizar al ritmo de los despidos? Algunos jóvenes alemanes, sin excesiva confianza, lo creen posible.

«Es necesario que, aprovechando el endurecimiento de la crisis, se opere, por fin, una unión entre el mundo del trabajo y las fuerzas de izquierda —me explican en el club Voltaire—; es nuestra única posibilidad de escapar a la dulce asfixia por molicias».